

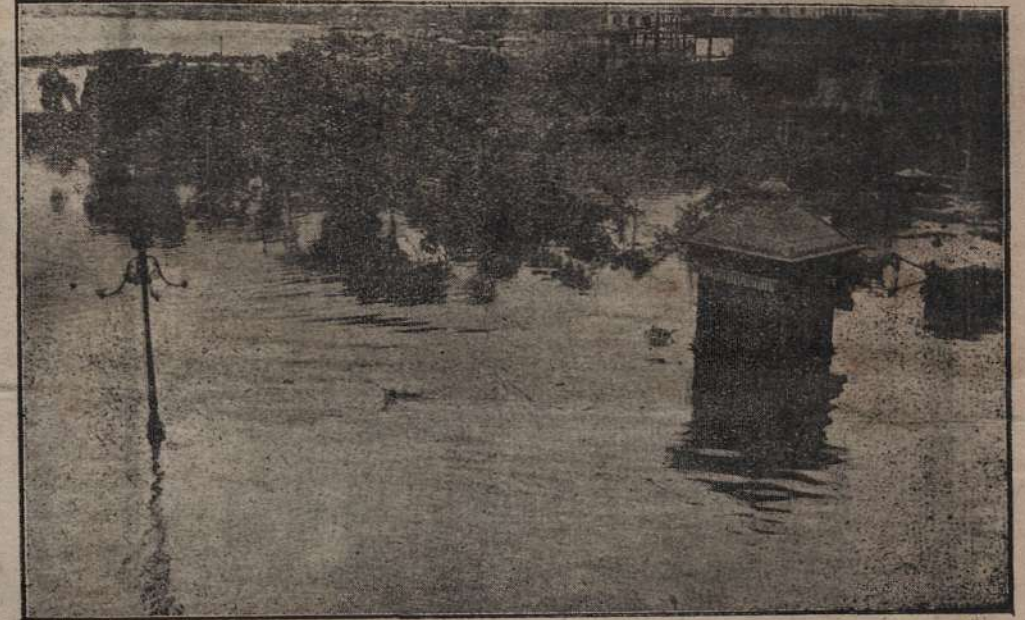
# El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

- 1919 - ¡29 DE SEPTIEMBRE! - 1920 -



Un bote de salvamento en plena calle Mayor, al amanecer el nuevo día después de la trágica y terrible noche.—Foto Sanchito



Una vista de los jardincillos del muelle frente al Ayuntamiento completamente destruidos por la inundación.—Foto Sanchito

ré, todas las fuerzas vivas de la ciudad, a que ya que hemos tenido la suerte de que el ilustre y sabio Ingeniero don Ramón Martínez de Campo desarrollando una esmerada actividad, haya en breve tiempo realizado el proyecto de defensas contra las inundaciones, y no solo esto sino desahucando una labor meritoria para acortar la larga tramitación de estos expedientes; como por vicisitudes de la política el Ministro que ofreció bajo su palabra que se empezaban los trabajos en Septiembre, ha dejado el Ministerio, pero su sucesor tiene medios para cumplir el proyecto en presupuesto unas 400.000 pesetas para estas obras, y el Ministro tiene facultades para autorizar obras parciales que no excedan de 25.000 pesetas; podría pues si se le diera por esta ciudad la debida importancia a tan vital asunto, no descansar esas fuerzas vivas hasta conseguir que se autorice el primer grupo de obras, que podría ser la limpieza y ampliación del cauce de desagüe, hasta las 25.000 pesetas, que puede ordenar y si no bastasen, disponer otra serie de otras 25.000 pesetas, etc.

Así como al Ministro que ofreció empezar en breve esas indispensables obras, muy importantes para el honoroso título de hijo adoptivo de Cartagena, no lo merece menos el ilustre Ingeniero don Ramón Martínez de Campo, que como el hijo más cariñoso de Cartagena ha de arrollado una labor enorme y meritoria, trabajando en ella con la asiduidad y amor que el mejor hijo de Cartagena no lo hubiese aventajado.

Aunque estas inundaciones no son muy frecuentes pero se conserva recuerdo de varias mientras existieron las murallas; y otra considerable aunque no penetró en la ciudad, en 1916.

Se conservan en el archivo municipal relación de otras inundaciones casi seguidas en el año 1704 la una desde las 11 de la noche del 28 de Septiembre hasta las 4 de la madrugada del 29 del mismo mes, y otra mayor que ocurrió desde el amanecer del 21 de Octubre de dicho año 1704, que penetró en el Barrio de S. Roque hoy del Carmen y lo destruyó, pasando a la ciudad inundándola como la del año pasado. En dicho Barrio de San Roque llevaba de altura el agua, dos estados, (unos 4 metros) y si se tiene en consideración que no estando contruidos a la sazón, ni las Murallas ni el Arsenal, y teniendo la Rambla próximo y anchísimo desagüe por el sitio que hoy es Arsenal, se deduce que fué aquella inundación mucho mayor que la del 1919.

Terminando haciendo votos, que la comisión que parece va a Madrid a gestionar varios asuntos, tenga presente la importancia y urgencia de comenzar los trabajos de defensa contra las inundaciones.

Luis Angosto

Las fotografías que publicamos en el presente número, fueron obtenidas pocas horas después de la catástrofe por el notable artista cartagenero, Corresponsal Artístico de «Prensa Gráfica» y Redactor fotógrafo de este periódico don Enrique Sánchez (Sanchito).

chos de Dios se olvidan y el sentido moral padece increíble atrofia y después de mucho hablar de obras de defensa, todavía no se han efectuado ni las de más elemental previsión, viéndose todos en inexplicable descuido e indefinible apatía, que pudiera hacer olvidar los horrores de otra catástrofe.

¡Si sería Cartagena la ciudad alegre y confiada llevada a la escena por Benavente!....

Francisco Cavero  
Arcipreste de esta ciudad

## Las inundaciones

El clima de esta ciudad, que por múltiples causas hacen que las lluvias sean escasas e irregulares por lo general, pero de vez en cuando son torrenciales sobrepajando todo lo que se puede imaginar; y la topografía de nuestro término, que formado de una estensa llanura está cerrado por el Sur que es la costa del Mediterráneo por una cordillera elevada no teniendo otra salida las aguas que vierten en esta estensa llanura que el Puerto de Cartagena o su Alameda obvia, hacen que esta población esté siempre amagada de terribles inundaciones como la que se experimentó el 29 de Septiembre de año próximo pasado que siendo la más importante de las sufridas después del derribo de las murallas, que durante el siglo XIX salvaron a esta ciudad de tales calamidades, con la desgraciada apatía que nos caracteriza, no se procuró por todos los medios que fué simultánea con ese derribo, la limpieza y ampliación del cauce desviado de la Rambla de Benipita a la Alameda obvia, sino ni aun que la parte estensa del Almirante que ostentaba la debida comunicación con el cauce de dicha Rambla lo conservase, sino que con las obras de ensanche se cogió la angustia que lo desagaba y quedó incomunicado y sin salida las aguas que vierten del Hondón y las laderas contiguas.

No me he de detener en describir los horrores de todo género de la inundación de 29 de Septiembre de 1919, pues están tan próximos y conocidos de todos, que resulta inútil tal tarea. Solo llamaré la atención de que deben dedicársela con la mayor urgencia e inte-

## Después de un año

Tristemente memorable será ya siempre en esta Ciudad el 29 de Septiembre. Es la fecha de aquella noche estragos indecibles en las personas de algunos, en los intereses de muchos y en el ánimo de todos. Aun los que aún no morábamos en el recinto de esta bella Ciudad, participamos de su quebranto.

El peligro de aquellas horas fué despertador violento, pero eficaz, para el heroísmo de muchos en brillantes faenas de salvamento. Luego la generosidad proverbial de esta Ciudad, abrió a un tiempo las manos de los ricos y las de los pobres los primeros para dar y los segundos para recibir un socorro bendito. Cuando cundió la noticia de la horrorosa hecatombe, fué a manera de una percusión eléctrica que llegó al otro continente, y aún allí encontró ecos de abnegada caridad en los habitantes españoles de Puerto Rico. Y así las aguas cenagosas de la inundación a un mismo tiempo cubrieron de ruinas nuestros hogares y avivaron el amor en nuestras almas; amor que nos unió en una época en que todos los vínculos humanos se aflojan, al sufrir la sacudida de la anarquía que nos descompone.

¡Lástima grande que tan hermosas derivaciones de la inundación vinieran solo a modificar el síntoma, sin llegar a corregir la raíz del mal que nos aflige! Porque es lo cierto que después de un año Cartagena no ha aprendido las lecciones elocuentes que Dios le deba con voces de truenos, luces de relámpago y torrentes de aguas devastadoras.

Era la primera que moralizara sus costumbres, porque es el pecado quien arma el brazo de Dios para castigar a los pueblos.

Era la segunda que atendiera a defenderse de otra nueva hecatombe, conjurando el peligro con obras oportunas que reclama la urgencia.

Y no obstante, sigue el desenfreno del lujo provocando a las clases humildes, los escosos de la moda y del baile constituyen cada día más la honorabilidad de la mujer, la codicia hace imposible la vida de los pueblos, los dere-

llevaron la desolación y la muerte a muchos hogares.

Ha pasado un año, aun surge ante mi mente el espectáculo conmovedor de aquellas horas desesperantes que pasamos implorando piedad para los desventurados cuyas voces entre cortadas de auxilio nos laceraban el oído mientras el cielo parecía un ascua y ugran terribles y amenazadoras las aguas, arrollando con su fuerza infatigable todos los obstáculos que se oponían a su paso en aquella mil voces trágica y memorable noche....

Joaquín Moncada Moreno

- Noche del 29 de Septiembre de 1919

DE RECUERDOS INDELEBLES...

Me ruego el señor Director de el ECO DE CARTAGENA, escriba una reseña de lo que presencie en la memorable noche del 29 de Septiembre del pasado año... Deseoso de complacer a tan buen amigo y a benevolos lectores de EL ECO, voy a reseñar, a vueta pluma, algunos de aquellos recuerdos indelebiles.

Al amanecer del día 29 de este mismo mes del pasado año, fui guiado por la divina providencia a la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen en donde predicaba la Novena de San Francisco de Asís, un hermano mío en Religión que ahora reside en Austria; Casual inconsciente fui aquella noche a la citada iglesia a pesar de que llovía con grande abundancia y la función había rato que había comenzado. No había ido a la Novena en los días precedentes, pero en aquella noche de tan mal tiempo, quise que el Padre tuviera compañía para regresar a casa.

En la Iglesia del Carmen encontré un centenar de fieles poco más o menos. Durante la novena arrolló de improviso la lluvia, y solo pudieron salir para sus casas, los que las tenían muy cercas. Al terminar el acto religioso, salimos todos al espacioso portico, confiados en que cesaría la lluvia, dejaría luego de correr por la calle la considerable manga de agua que impedía el paso y podríamos regresar, más o menos tarde, a nuestras casas.

Pero la lluvia arreciaba mas y más

## ¡Pobre Cartagena!

¿Cómo olvidar la horrible desventura de que víctima fuiste, ciudad mía?

Un año transcurrió desde aquel día, y que este ha sido ayer se me figura.

En el cielo el relámpago fulgura y a la siniestra luz que nos envía, un cuadro de dolor y de agonía siembra en todos los pechos la amargura.

¿Quien ante tal catástrofe pensara que al año de acaecer, ¡año cumplido! el peligro a otra nueva, continuara...

Ver todo hoy como ayer, el alma apenas y hace al labio exclamar, entristecido: ¡qué desamparo el tuyo, Cartagena!

Julio Hernández

## Cómo salvamos el Sagrario

Hay entre los recuerdos vividos en aquella trágica y espantosa horas de la noche del 29 de Septiembre uno que no se borrará jamás de mi memoria.

La oleada cenagosa había invadido la Iglesia del Carmen; bajo la acertada dirección del virtuoso padre Ramón M.<sup>a</sup> Felip se había conseguido llevar a los pisos altos de la Casa Rectoral a todos los fieles que se encontraban en el templo, agrupados junto al altar mayor estabamos unos cuantos esperando el momento de peligro para salvar el *Dico Eucarístico*; llegó el instante en que el agua ya casi nos envolvía, manos religiosas cogieron el *Sagrario* y en la obscuridad débilmente alumbrado por los cielos, se organizó la comitiva, resonaba triste el sonido de la campanilla; todas las cabezas se inclinaban reverentes y el clamor ensordeador de la tormenta estremeció a las columnas de la Iglesia mientras la procesión ascendía por las escaleras entre el bramir del agua que impetuosamente quería arrancarnos nuestro preciado tesoro.

Y en el coro, quedó el divino *riso* nero acompañado durante todas aquellas horas por innumerables fieles, que pedían misericordia para esta ciudad invadida por las revueltas aguas que